

EVARISTO MARTÍN NIETO

LO ESENCIAL  
EN LA  
VIDA CRISTIANA

ESCUELA BÍBLICA  
DE  
TORRE DEL MAR



## Presentación:

Lo esencial de nuestra vida cristiana es hacer la voluntad de Dios, pues el que la hace vive para siempre (1 Jn 2, 17). Nuestro modelo es Cristo, el cual pudo decir que su alimento era hacer la voluntad del que le había enviado para llevar a cabo su obra de salvación y que siempre hacía lo que le agradaba a su Padre. Debemos, pues, de estar configurándonos permanentemente con Cristo. Ojalá un día pudiéramos decir lo de San Pablo a los Corintios: “Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo” (1 Cor 11, 1). Y es que San Pablo estaba cristificado. No era él el que vivía, era Cristo el que vivía en él. La razón de su existencia era Cristo. Al final tendremos que tener la humildad- que es la verdad- de decir: “Somos siervos inútiles: hemos hecho lo que debíamos hacer” (Lc 17, 10). Quiera Dios que, a pesar de nuestros pecados, lo podamos decir.

Jesucristo es la suma perfección en todo. Para que nuestra vida cristiana se parezca a la suya hay que hacer muchas cosas fundamentales, algo que es imposible decir en unas cuantas páginas. Por eso, me he limitado a hacer unas reflexiones muy sencillas sobre cuatro palabras que pertenecen a lo esencial, de lo que no se puede prescindir: Fe, Amor, Justicia y Pobreza. Lo hago desde la Biblia y especialmente desde los evangelios.

Quiero añadir que escribir es, a veces, reescribir, volver a escribir lo que ya se ha escrito. El lector encontrará algo de esto en este fascículo. Ojalá sirva su lectura para reafirmarnos en lo más trascendente de nuestra sacrosanta religión cristiana, a través de estas cuatro palabras que nos marcan un itinerario seguro hacia el encuentro gozoso con Dios, nuestro Padre.

## I LA FE

1.-La fe es el fundamento de nuestra vida religiosa. En el Nuevo Testamento el sustantivo fe aparece 243 veces y el verbo creer 245. Estas cifras indican la importancia que tienen en el conjunto de la revelación divina y en la historia de la salvación.

La fe es lo primero, antes incluso que el conocimiento y el amor evangélicos. La gran deserción de los seguidores de Jesucristo tras el discurso del pan de vida (Jn 6, 66) entristeció a Jesucristo, el cual, afectado por este fracaso, pregunta a los doce: “¿También vosotros queréis irnos?”. Pedro le contesta: “Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros hemos creído y hemos conocido que tú eres el Santo de Israel” (Jn 6, 67-69). En el evangelio de Juan el conocimiento está subordinado a la fe, de tal modo que sólo desde la fe, es decir, por medio de la fe, se obtiene el conocimiento perfecto de Jesucristo. Para conocer hay que creer. Si se pretende conocer, antes de creer, ni se conoce ni se cree. Y sin conocimiento, no hay amor, pues nada se puede amar si no se conoce. En términos semejantes a estos se expresan San Agustín y San Cirilo de Alejandría.

Las cosas de Dios y sobre Dios sólo pueden conocerse desde lo sobrenatural y únicamente la fe nos sitúa en ese mundo de lo divino que nos capacita para hacer una lectura inteligente de lo que Jesucristo es, de sus hechos y de sus dichos, es decir, para conocer los sentidos espirituales de los textos evangélicos y las realidades trascendentes contenidas en los sentidos simbólicos de los mismos. La Biblia, escrita

bajo inspiración del Espíritu Santo, para ser conocida en profundidad, debe ser leída bajo la acción de ese mismo Espíritu. Los Santos Padres decían: “Leed orando”.

Digamos, por fin, que la fe es ya conocer, pues se trata de una fe meditada, rezada, vivida e ilustrada.

Cuando San Pedro le dice a Jesucristo: “Tú eres el Santo de Dios”, está afirmando que Él pertenece a Dios de manera absoluta: que está instalado en la esfera de lo divino; que representa la presencia real de Dios en el campo de lo terreno.

**2.** La fe es creer que Dios existe; que Dios es EL SER, con artículo y con mayúscula, tal y como Él se definió a sí mismo: Yo soy el que es: el que soy: el que tiene en sí mismo la razón de su propia existencia, en contraposición a nosotros que somos lo que no somos, unos mendigos con la mano extendida pidiendo a Dios la limosna de ser y de seguir siendo. Dios es siempre el fiel, la fidelidad misma, como decía Santa Teresa: “Dios no se muda”, en contraposición a nosotros, que hoy somos una cosa y mañana otra, que unas veces somos la fidelidad y otras la infidelidad; que cambiamos según nuestras conveniencias o que nos dejamos cambiar por las cosas insustanciales y demagógicas que escuchamos y por las circunstancias desconcertantes en que coyunturalmente vivimos.

**3.** La fe es creer que Dios es el creador del universo, del cielo y de la tierra, es decir, de todo lo que existe. Y creer que es nuestro Padre común, Padre de todos los seres humanos, sin distinción de razas y colores, de creencias y de no creencias religiosas. La palabra aramea “ABBA”, que significa “papá”, “papaíto”, es la más importante de todas las que pronunció

Jesús. Los evangelios la conservan en el original (Mc 14, 36) y también San Pablo (Rom 8, 15; Gal 4, 6), lo que indica que es una de las pocas que sabemos con certeza que salió de sus labios y al mismo tiempo pone de relieve lo que Dios es. Del papa Juan Pablo I, en su misterioso y brevísimo pontificado, sólo recordamos esta frase: “Dios es Padre, más aún, es Madre”. Con las dos palabras podemos invocar a Dios. Dios es asexuado, es Padre y Madre, un Padre materno o una Madre paterna, pero le cuadra mejor la ternura de la madre, porque lo esencial en él es el amor y en la tierra el amor más grande es, sin duda, el de la madre. San Jerónimo, no sin cierta ironía, dice: “El Espíritu es femenino en hebreo (Ruah), neutro en griego (Pneuma) y masculino en latín (Spiritus)” (P.L. 24, 411 B).

Si Dios es nuestro padre querido y nos ha querido hacer hijos suyos, debemos invocarle siempre como Padre, al que hay que amar, respetar y obedecer. Así lo hacía Jesucristo, el Hijo de Dios por naturaleza, eternamente engendrado por el Padre y hecho carne humana en las entrañas virginales de María.

Cristo se dirige a Dios como a su padre en los evangelios 170 veces y nos recuerda que hagamos nosotros lo mismo, pues dijo a sus discípulos: “Rezad así: Padre nuestro...” (Mt 6, 9). La palabra “Padre” nos habla del amor a Dios y la palabra “nuestro” del amor a todos los seres humanos que son hermanos nuestros. Sólo Dios es nuestro ABBA: “No llaméis a nadie padre en la tierra, porque uno sólo es vuestro padre, el del cielo” (Mt 23, 9). Podemos decir que el nombre propio de Dios es EL PADRE. Santa Teresa lo tenía esto muy claro cuando

decía a sus monjas: “Buen Padre os tenéis, que os da el buen Jesús: no se conozca aquí otro Padre” (C, 45, 2).

La Santa sigue diciendo: “En siendo padre, nos ha de sufrir, por graves que sean las ofensas. Si nos tornamos a él, como el hijo pródigo, hanos de perdonar, hanos de consolar, hanos de regalar, hanos de sustentar” (C, 44, 1).

Por nuestra parte, nos comprometemos a comportarnos como hijos: “Con toda humildad hablarle como padre, pedirle como padre, regalarse con él como con padre” (C, 46, 2).

**4.** Bien podemos decir, como ella, que Dios es un padre perdonador. Si dejara de perdonar, dejaría de ser Dios. El perdón pertenece a la esencia del evangelio y de toda la Biblia. Dios es pródigo en perdonar (Is 55, 7), es el Dios del perdón (Neh 9, 17), pasa por alto el pecado de los hombres (Sab 11, 20), se los echa a las espaldas (Is 18, 7), es compasivo y misericordioso, es el “padre de las misericordias” (2 Cor 1, 3; Sab 9, 1), todo lo perdona porque todo lo puede: “Tienes misericordia de todos porque todo lo puedes y pasas por alto el pecado de los hombres para llevarles el arrepentimiento. Tú perdonas a todos, porque todo es tuyo” (Sab 11, 23-26). “Tu fuerza es el principio de la justicia y al ser Tú señor de todo te hace ser indulgente con todo” (Sab 2, 16). La fuerza y la grandeza del Padre se manifiestan en el perdón, no en la represión y en el castigo. Al obrar así, Dios nos enseña que “el justo debe ser humano” (Sab 12, 19) y obrar con humanidad, con tolerancia y con misericordia, pues el que no es capaz de ser humano, no tiene nada de divino. El perdón produce amor. La pecadora de San Lucas amó mucho a Jesús porque le perdonó mucho. A quien se le perdona mucho, ama mucho y “al que se le perdona poco, ama poco” (ver Lc, 7, 47).



El Nuevo Testamento representa la culminación del perdón de Dios. Jesucristo vino “a llamar a los pecadores” (Mt 2, 17); por eso se juntaba con ellos, eran sus amigos (Mt 11, 19); los fariseos decían de él que andaba en malas compañías.

Él mismo se hace pecado para destruir el pecado en su propia condición humana (2 Cor 5, 21); en él tenemos la remisión de nuestros pecados (Ef 1, 7; Jn 4, 10). Para eso moría en la cruz, como él mismo lo había anunciado: “Ésta es mi sangre, la sangre de la Nueva Alianza, que será derramada para el perdón de los pecados” (Mt 26, 28).

A cambio, Jesucristo nos pide que también nosotros perdonemos. No se trata de que nosotros perdonemos para que él nos perdone, sino de que, puesto que Dios nos perdona, nosotros debemos perdonar. La norma es que nosotros imitemos a Dios y no Dios a nosotros. “Soportaos unos a otros y perdonaos si alguno tiene quejas contra otro del mismo modo que el Señor os ha perdonado, así también vosotros debéis perdonaros” (Col 3, 13). Un cristiano lo perdona todo, siempre y a todos. También a sus enemigos e incluso a los criminales.

Perdona y olvida. El que dice que perdona, pero no olvida, en realidad no perdona, pues no se trata de borrar de la memoria un hecho que pudo lastimarnos gravemente, pues eso no es posible, sino de borrarlo del corazón.

**5.** El discípulo de Cristo nunca devuelve mal por mal, sino que al mal responde con un bien, pues sólo el bien puede acabar con el mal. El ejemplo es siempre Jesucristo “que pasó por todas partes haciendo el bien” (He 10, 38). Esto supone estar en actitud constante de servicio, como un

expropiado para utilidad pública. El servicio pertenece a la esencia de la Iglesia para que, de verdad, imite a su fundador que se proclamó solemnemente el servidor de todos. “El Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida por la liberación de los demás” (Mt 20, 28) y dijo a sus discípulos que la grandeza de la Iglesia está en el servicio. Los que en ella quieren ocupar los primeros puestos deben hacerse los servidores de todos, con humildad, sin paternalismos, sirviéndoles en lo que necesitan y quieren ser servidos, escuchando “la voz del pueblo”, es decir, haciendo todo lo contrario a lo que hacen “los jefes de las naciones que las tiranizan y los poderosos las oprimen”(Mt 20, 25).

Crear es cosa de la mente, pero lo es más del corazón. Creer en Dios es confiar en Él, fiarse de Él, poner en sus manos nuestra vida entera, el presente y el futuro. Esperar, con certeza y seguridad, el regalo de la felicidad eterna. Si Cristo ha muerto para perdonar los pecados, como así ha sido, no podemos tener la más mínima duda de que realmente estamos perdonados, por muy graves que sean los pecados cometidos. “Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que quien crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna. Pues Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para salvar al mundo. El que cree en Él no será condenado” (Jn 3, 16-18). Estas palabras son una interpretación que hace el evangelista. Pero el mismo Jesucristo dijo esto: “Yo no he venido a condenar al mundo, sino a salvarlo” (Jn 12, 46). Es más, el creyente es ya poseedor de la vida eterna: “Os aseguro que el que cree tiene vida eterna” (Jn 6, 47). El salmista decía: “Dichoso el hombre que ha puesto su confianza en el Señor” (Sal 40, 5). Dichoso porque ya en esta vida vivirá en paz y será feliz, pues espera

con fe inamovible, el “dulce encuentro” con Dios. Su fe ha transformado “el pavor de morir” en “el placer de llegar”, el placer que inunda el corazón de Santa Teresa:

Ven muerte, tan escondida,  
que no te sienta venir,  
porque el placer de morir  
no me vuelva a dar la vida.

**6.** La fe es una virtud teológica, lo que indica que se trata únicamente de la fe en Dios y en Jesucristo. La fe que se puede tener en las personas en las que creemos, en las que confiamos, de las que nos fiamos, es otra clase de fe, por muy buenos y santos que nos parezcan y, en efecto, lo sean, incluso por los altos puestos que tengan en las estructuras de la Iglesia. Podemos servirnos de ellas, apoyarnos en ellas, en sus enseñanzas, en tanto en cuanto nos sirvan para corroborar nuestra fe en Dios y acercarnos más a Él.

Esto lo dejó muy claro el mismo Jesucristo el cual, en la última cena dijo a sus discípulos: “Creed en Dios y creed también en mí” (Jn 14, 1), es decir, si creéis en Dios tenéis que creer también en mí. La fe en Dios y la fe en Jesucristo es una unidad indisoluble. Mediante la fe el hombre se entrega totalmente a Dios, se apoya en Él como el fundamento inquebrantable en el que descansa su vida y su existencia, la paz del alma y la firmeza del corazón. Desde esta perspectiva, en que se mueve la conducta del cristiano, no es posible creer en nadie fuera de Dios y de Jesucristo.

La fe en las personas, aunque sean de alta representación eclesíástica, se puede llegar a perder. Incluso

podrá haber suficientes razones para ello. Lo que no se puede perder nunca es la fe en Dios, en su Hijo Jesucristo, en el Espíritu Santo y en la Iglesia que es santa, no porque sus miembros seamos santos, pues es claro que no lo somos, sino porque la fundó un Santo, el único Santo y porque tiene instrumentos santificadores como son los Sacramentos y las Sagradas Escrituras. Así lo rezamos en el Credo.

**7.** La fe es un don que Dios nos ofrece a todos como medio seguro de salvación eterna. A nosotros nos toca tener el corazón abierto para recibirlo, cuidarlo y fortalecerlo, pues se trata de una fe dinámica en constante crecimiento. La fe tiene que ser viva, y para que así sea debe ser vivida con intensidad día a día, pues si así no fuere, la fe podría debilitarse, entibiarse e incluso morir. Habrá que pedir a Jesucristo constantemente lo que le pedía sus discípulos: “aumentanos la fe” (Lc 17, 5). De Antonio Machado es esta oración:

Yo he de hacerte, mi Dios, cual Tú me hiciste,  
y para darte el alma que me diste  
en mí te he de crear. Que el puro río  
de caridad que fluye eternamente  
fluya en mi corazón .¡Seca, Dios mío,  
de una fe sin amor la turbia fuente!

Estos preciosos versos son una bella profundización de esta frase de San Pablo: “La fe se hace vida en obras de amor” (Gal 5, 6). Con no menos profundidad y belleza la interpreta Miguel de Unamuno: “La fe, si es viva, se contagia y comunicándose, se agranda, pues tal es la condición de la fe, crece vertiéndose, como que es, si verdadera y viva, amor”.

En definitiva, todo se reduce al amor. Una fe sin amor está muerta, se convierte en una fe abstracta que es la nada.



## II EL AMOR

1. Amor es la palabra más bella del diccionario. Ha estado y estará siempre de actualidad en todos los momentos de la historia humana. Es también la palabra que encierra el contenido más profundo, más gozoso y más comprometedor que afecta a nuestras relaciones con Dios y con todos los seres humanos.

El amor es la fuerza motora del mundo, de la historia humana, la palabra más usada, el tema sobre el que los autores eclesiásticos, los literatos, los poetas, los místicos, los teólogos y tantos otros han hecho correr ríos de tinta. Pero el contenido de la palabra es tan complejo y tan arcano, que ninguno nos ha dado una definición exacta, clara y concisa, de lo que es el amor. Porque eso, sencillamente, es imposible, pues el amor es un misterio. Dios, que es EL MISTERIO, es AMOR. Y si Dios es incomprendible por la luz natural de la razón, lo es también el amor.

Tal vez por esto, donde más profunda y sabiamente se ha escrito sobre el amor es en la Biblia, a la que bien podemos llamar “El libro del amor”. En el Nuevo Testamento sobresalen los escritos de San Juan y las cartas de San Pablo. Y en el Antiguo Testamento, además de los salmistas, los sabios y los profetas, sobresale el Cantar de los Cantares, el cantar por excelencia, el más bello de todos, el único, porque es un canto al amor, la más grande y hermosa realidad divina y humana. Rabí Akiba, en el siglo II, decía: “Todos los hagiógrafos son santos, pero el Cantar es sacrosanto. El mundo entero no vale tanto como el día en que este libro fue confiado a Israel”.

Orígenes llamaba dichoso al que comprende y canta los Cantares de la Escritura, pero mucho más dichoso el que canta y comprende el Cantar de los Cantares.

2. Es difícil someter a medida este poema, estos diálogos entre la novia y el novio, la esposa y el esposo. El amor, que no encuentra nunca la expresión exacta de lo que es, recurre a las más extrañas y atrevidas ocurrencias de la fantasía; un conjunto de bellas metáforas que entretienen con el juego del amor que nace y que muere, que recomienza y que se pierde, que se va trenzando y destrenzando caprichosamente, como ocurre sin cesar en la vida de los hombres. Y todo para decirnos que las relaciones humanas y de todos con Dios se tienen que centrar en el amor. Si así es, el amor humano y el amor divino son un mismo amor, salen del mismo corazón divinizado y humanizado.

La unión de los esposos, conjunción de vida en amor transformante, es la más fuerte realidad y el símbolo más hermoso de los desposorios místicos del alma con Dios. En esta línea discurre el “Cántico Espiritual” de San Juan de la Cruz. Y lo mismo pasa en las “Meditaciones sobre los Cantares” de Santa Teresa de Jesús, cuyas reflexiones sobre El Cantar se mueven únicamente en el sentido espiritual del amor de Dios, el esposo amado.

3. Entre las palabras, que pertenecen a la esencia del evangelio, el amor es, sin duda, la más esencial. Un maestro de la Ley le preguntó a Jesucristo qué era lo primero, lo más importante, entre tantos mandamientos de la ley escrita y de la ley oral (unos 1400). Jesucristo le contestó que lo primero era el amor a Dios, y que lo segundo era igual a lo primero, amor al prójimo. Son, pues, dos mandamientos en uno



indisolublemente unidos, de tal modo que no es posible amar a Dios, si no se ama al prójimo. Sabemos que le amamos, porque nos amamos. Si no amamos al prójimo, que vemos, no amamos a Dios, al que no vemos. El que no ama al hombre no ama a Dios. También podemos decir esto: Amamos al hombre porque amamos a Dios. Estamos hablando del amor cristiano expresado en la Biblia. Nos amamos, porque Él nos amó primero. Y ese amor divino actúa de tal modo en nosotros, que nos lleva ineludiblemente a amar a los demás. Y este amor a los demás, para que sea verdadero, tiene que ser un amor práctico, traducido en obras de amor, en atender a los demás en sus necesidades materiales y espirituales. Tenemos, pues, que el amor consiste en la acción caritativa. Si esto no se da, no hay amor en nosotros. Y sin amor, todo se reduce a la nada.

Si Dios es amor, vivir sin amor, es vivir sin Dios, estar en el vacío. Y por el contrario, el que ama está en Dios y Dios en él (1 Jn 4, 16). “Cada cual es lo que es en su amor. ¿Tú amas a Dios? Tú eres Dios” (San Agustín). “Donde hay caridad y amor, allí está Dios”. San Pablo decía a los efesios que vivieran siempre en el amor a imitación de Jesucristo (Ef 5, 2) y lo mismo decía a los corintios: “Hacedlo todo por amor” (1 Cor 16, 14).

Nunca se puede pecar de amor. El pecado está en no amar. Desgraciadamente el desamor se suele dar entre los cristianos practicantes. Son bien conocidas estas palabras de Ch. Peguy: “Tampoco me gustan los beatos. Los que como no tienen la fuerza de ser de la naturaleza, creen que son de la gracia. Los que creen que están en lo eterno, porque no tienen el coraje de lo temporal. Los que, como no están con el

hombre, creen que están con Dios. Los que creen que aman a Dios simplemente porque no aman a nadie”.

El amor y el pecado son incompatibles. Si hay pecado, es que lo que parecía amor, no era amor, era otra cosa. El que vive en el amor cristiano y lo practica, lo que haga nunca será pecado.

San Pablo dirá que “el que ama al prójimo, ha cumplido la Ley...que todo se resume en esto: “amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Rom 13, 8-9). No dice que todo se resume en el amor a Dios (eso se da por supuesto), sino en el amor a los demás. San Agustín decía que el amor a Dios es el primero en la jerarquía de los preceptos, pero el amor al prójimo es el primero en el rango de la acción. Todo esto significa que la primera y última referencia de nuestra condición de cristianos es el amor a los demás.

Así lo dijo Jesucristo: “En esto reconocerán todos que sois discípulos míos: en que os amáis unos a otros” (Jn 13, 35). La marca de los cristianos, su carnet de identidad, es el amor.

Nuestro origen está en el amor. Somos el fruto del amor de nuestros padres que quisieron traernos a este mundo. Lo importante del amor está grabado a fuego en el más profundo centro de nuestro corazón, de tal manera que nos movemos constantemente a impulsos del amor, pues a lo largo de nuestra vida buscamos la felicidad y la felicidad no está en los bienes, en las riquezas o en el poder, sino en el amor. El hombre y la mujer han sido hechos para amar y para ser amados. Necesitan amar y ser amados. El amor es un derecho inviolable y un deber ineludible. San Pablo dice que el hombre, por encima de todo, lo que tiene que hacer es amar. Pero este

amor debe ser correspondido, como le acontecía con sus más queridos, los filipenses, pero no así con los corintios, a los que escribe con los ojos arrasados en lágrimas, porque amándolos no es amado por ellos; les reclama la correspondencia del amor (2 Cor 2, 4-6. 11-12); a pesar de su ingratitud, él seguirá desgastándose por ellos, aunque él los ame mucho y ellos lo amen poco (2 Cor 12, 15).

En la Iglesia primitiva el amor se vivía al límite, de tal manera que las gentes decían de ellos: “Mirad cómo se aman”. Y ese amor se contagiaba de tal manera que surgían por doquier nuevos cristianos. ¿Por qué ahora sucede lo contrario? ¿Por qué, en lugar de crecer, disminuyen los cristianos? ¿Por qué las gentes, sobre todo las nuevas generaciones, pasan olímpicamente de la Iglesia? ¿No será porque no ven en nosotros la marca del amor mutuo? ¿No será por lo que San Pablo decía a los Gálatas? “Si os mordéis unos a otros, llegaréis a destruiros mutuamente” (Gal 5, 14-15). ¿Cómo puede darse esta agresividad verbal, tan despiadada a veces, tan contraria al evangelio de Jesús, practicada por los que hacemos profesión pública de fe cristiana? ¿A qué se debe la sangría que sufre actualmente la Iglesia? ¿No se deberá, en parte, al antitestimonio que estamos dando los miembros de la Iglesia? Se atribuye, a veces, a las leyes laicas que salen de los parlamentos democráticos aconfesionales y a los medios de comunicación que se pronuncian objetivamente en disconformidad con los postulados que profesa y predica la Iglesia. Eso, sin duda, también puede contribuir. Pero a esto hay que añadir que, en gran porcentaje, a los que nos proclamamos seguidores de Jesucristo, no se nos puede reconocer como tales, porque no practicamos el amor evangélico como lo hacía la comunidad

cristiana de Jerusalén, que todo lo tenía en común y en la que cada uno aportaba según sus posibilidades y recibía según sus necesidades (He 4, 32-37). ¡Cuán lejos estamos hoy de aquellos primeros cristianos! A los débiles en la fe y a los que no tienen fe les estamos dando una escandalosa insolidaridad entre nosotros mismos y con todos los demás. Es verdad que practicamos la limosna, con la que tranquilizamos nuestra conciencia. Fijémonos en lo que dice Santa Teresa sobre los ricos: “Gózanse, dan una limosna de cuando en cuando, no miran que aquellos bienes no son suyos, sino que se los dio el Señor como a mayordomos suyos para que partan a los pobres, y que le han de dar estrecha cuenta del tiempo que lo tienen sobrado en el arca, suspendido y entretenido a los pobres, si ellos están en padecimiento” (Meditaciones sobre los Cantares, 2, 5).

4. La Iglesia institucional predica y publica documentos muy importantes, muy evangélicos y muy valientes sobre la doctrina social clamando por los pobres, denunciando el capitalismo salvaje, urgiendo la comunicación de bienes que termine con la injusta diferencia entre ricos y pobres. Ahí están las hermosas encíclicas de Juan Pablo II. Todo eso es verdad, pero hace falta hacer más: Llevar a la práctica, en lo que esté de nuestra parte y hasta las últimas consecuencias, todo lo que predicamos, pasar de los dichos a los hechos con el máximo rigor y con la mayor generosidad.

Todos somos hermanos, hijos del mismo Padre. El amor al prójimo, si es verdadero, se contagia. “Adonde no hay amor, pon amor y sacarás amor” (San Juan de la Cruz, C 27, 8). “Un amor enciende otro amor” (id. C 13, 12), mientras que la violencia verbal o material engendra otra violencia. Si no

contagiamos de amor es o porque no tenemos amor o porque lo tenemos tan débil que somos incapaces de comunicarlo a aquellos con los que convivimos.

“Para un cristiano en el límite existir es amar”. El Concilio Vaticano II proclamó esta frase lapidaria: “La ley fundamental de la perfección humana y, por tanto, de la transformación del mundo, es el mandamiento nuevo del amor: Amaos unos a otros como yo os he amado” (G S 38). Este mandamiento de Jesucristo es nuevo porque nos obliga a amarnos porque Él nos amó y como Él nos amó: amar a los demás hasta dar la vida por ellos, si llega el caso. El amor bien entendido y bien vivido comienza por los demás y termina por uno mismo. Nadie, antes de Jesucristo, había proclamado un mandamiento con exigencias tan absolutas. Por eso el cristianismo es la religión del amor más grande. Darlo todo, compartirlo todo, para que el amor no se quede en un puro sentimentalismo tranquilizador de nuestra conciencia adormecida.

Pero San Juan dirige el mandamiento a la comunidad cristiana. Se trata, pues, de un amor-comunión, ejercido entre y por los creyentes y seguidores de Cristo. Un amor puramente cristiano, la fuerza vital que sostiene e impulsa la marcha del cristianismo. La Iglesia se mantiene viva en el amor y por el amor. Este amor joánico nos pide que todos seamos uno. Es la súplica, un tanto angustiada, que Jesucristo, al final de su vida, dirigía al Padre: “No sólo te ruego por ellos (sus discípulos), sino también por los que crean en mí a través de su Palabra. Que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que ellos también sean uno, para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17, 20-21). La unidad, además de

ser un distintivo de los cristianos, es un medio imprescindible de la Iglesia en su misión evangelizadora. Sólo desde la unidad se puede dar el testimonio más creíble de nuestra fe en Cristo. Los cristianos debemos ser “todos en uno”, como lo eran los de la primera generación en la que “todos tenían un solo corazón y una sola alma” (He 4, 32). Hoy desgraciadamente no es así, pues, además, la Iglesia cristiana está rota en varias iglesias, lo que es un claro antitestimonio. Todas las iglesias deben reencontrarse y reunificarse en Cristo de una vez para siempre. El movimiento de la unidad, que surgió con fuerza después del Concilio, creo que hoy está lamentablemente adormecido.

5. El amor es dinámico, está en continuo crecimiento. Si así fuere llegaría un momento, en el que estaríamos tan llenos de amor, que podríamos decir con San Juan de la Cruz: “Ya sólo en amar es mi ejercicio” (C 27, 8). Todo lo haríamos por amor, tendríamos el poder del amor que es más fuerte que la muerte (id. C 8, 6) para humanizar y cristianizar el mundo. Esa es la razón de ser para cuantos han llegado a las cimas más altas del amor, los que están abrasados de esa “llama de amor viva” y transmiten el fuego de la misma. Santa Teresa se lastimaba de que hubiera evangelizadores, “predicadores” que carecen de ese “gran fuego de Dios, como lo estaban los apóstoles y así caliente poco esta llama” (V 16, 7). Con la muerte acaba para nosotros este mundo de abajo y el amor tiene el poder de abrirnos las puertas del mundo de arriba, el hogar de los bienaventurados, pues “con el amor paga el alma a Dios lo que le debe” (id C 38, 5), la inconmensurable deuda que tenemos con Dios por caer una y otra vez en el pecado. “El amor alcanza el perdón de todos los pecados” (1 Pe 4, 8).

Un cristiano auténtico “vive en el amor” (Ef 5, 21), tiene un corazón rebosando amor, “el amor de Dios que ha sido derramado en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo” (Rom 5, 5). Esto significa que nuestro corazón está inundado de amor, de tal manera, que sus latidos son latidos de amor, una fuente viva y desbordante de amor. Esto lo ha explicado bellamente Antonio Machado:

*Anoche cuando dormía  
soñé ¡bendita ilusión!  
que una fontana fluía  
dentro de mi corazón.*

.....

Anoche cuando dormía  
soñé ¡bendita ilusión!  
que era Dios lo que tenía  
dentro de mi corazón.

El que de verdad ama así está siempre comunicando amor, sembrando amor y cosechando amor, también en los campos más adversos y dificultosos. Así lo decía San Juan de la Cruz: “Donde no hay amor, pon amor y sacarás amor”. El amor produce amor, pero también sufrimiento:

*“El que no sabe de penas  
en este valle de dolores,  
no sabe cosas buenas,  
ni ha gustado de amores,  
pues penas es el traje de amadores”  
(P. de San Angelo, Carmelita del siglo XVI).*

Hemos nacido para el amor y “a la tarde”, en el ocaso de nuestra vida y al pasar a la otra, el que es el AMOR nos va a examinar de amor. Una asignatura que estamos aprendiendo y practicando toda la vida. Nuestro muy querido Maestro nos ha advertido que el examen final se centrará únicamente en esta asignatura, incluso nos ha comunicado las preguntas que nos va a hacer, de cuya contestación dependerá nuestro destino eterno. Nos ha dado las mayores facilidades para que aprobemos el examen incluso “summa cum laude”. Las contestaciones a esas preguntas las encontramos en el capítulo 25 del evangelio de San Mateo.

6. Si en el Antiguo Testamento tenemos la sublimidad del Cantar de los Cantares, en el Nuevo Testamento, tenemos el no menos sublime himno al amor de San Pablo en el que el apóstol nos hace una descripción teológica y ética de lo que es el amor (1 Cor 13). Sus escritos son, además, un perfecto tratado del amor. El amor es paciente, aguanta sin límites, lo soporta todo, es servicial, sirve con cariño a los hermanos. Es benigno, amable, dulce. Se comporta siempre con ternura, con un corazón sincero, limpio y luminoso.

Se manifiesta en contra de la injusticia y de la impiedad, de los que cierran el camino de la verdad que es Cristo. Es bueno y bondadoso, reparte alegremente sus bienes, pues sabe que Dios ama al que da con alegría.

Todo lo excusa, no juzga, no condena a nadie, hasta justifica las ofensas recibidas por los pecados cometidos. Santa Teresa decía: “A nadie nos culpan sin culpas”.

Todo lo cree, cree en la bondad de las personas, se fija en sus virtudes y nunca en sus defectos, es ingenuo.



Todo lo espera, espera el triunfo de la justicia interhumana, cree en la utopía del evangelio, en la globalización del amor fraterno, en el reinado de Dios en la Tierra.

Todo lo sufre y lo acepta todo, carga con la cruz de cada día, sin proferir una palabra de disgusto.

Soporta a los demás con humildad y con mansedumbre, es tolerante con todos.

Es hospitalario, acoge a los desamparados, abre las puertas de su casa a los que no tienen cobijo.

Es fiel a Jesucristo y a los demás, a imitación de Dios que guarda su fidelidad por todas las generaciones y todas las edades.

Ahora tenemos fe, esperanza y amor. Al final, la fe desaparecerá, porque tendremos la visión de Dios; desaparecerá también la esperanza, porque estaremos en posesión de lo esperado. El amor no pasará nunca, estaremos eternamente amando.

7. A partir del profeta Oseas, que sufrió las infidelidades de su esposa, las relaciones de Dios con Israel se describen bajo la metáfora conyugal, en la que Dios es el esposo y el pueblo es la esposa. En estos desposorios se ponen de relieve la fidelidad de Dios y la infidelidad del pueblo que se prostituía una y otra vez (Os 2). Jeremías lo cuenta así: “El Señor me dijo: Anda, grita a los oídos de Jerusalén: Esto dice el Señor: Me he acordado de ti, en los tiempos de tu juventud, de tu amor de novia, cuando me seguías en el desierto” (Jer 3, 1). Era la

época áurea de sus amores. Pero eso ya no existe. La esposa ha dejado a su esposo y se ha prostituido con innumerables amantes ( Jer 3, 1), con otros dioses que ni siquiera son dioses, son la vanidad, es decir, la nada. El profeta Ezequiel, en el capítulo 16, relata larga y duramente, con múltiples metáforas, la historia de Israel entregada a toda clase de aberraciones sexuales, como símbolos de su depravación espiritual con cultos vanos. El esposo, que es la fidelidad misma, perdona una y otra vez: “A la esposa, tomada en la juventud, ¿se la puede rechazar? –dice Dios-, sólo por un momento te había abandonado, con inmensa piedad te recojo de nuevo” (Is 54, 6-7). “Con amor eterno te he amado; por eso te trato con lealtad” (Jer 31, 3). Dios nunca falla, es fiel a su palabra.

Estas relaciones amorosas de Dios y su pueblo están contadas así por el rapsoda:

“Voy a cantar a mi amigo  
un cántico a la viña de sus amores.  
Mi amigo tenía una viña  
en una loma feraz.  
La cavó, la descantó,  
plantó cepas selectas.  
En medio de ella construyó una torre  
e hizo en ella un lagar;  
esperaba que produjera uvas,  
pero sólo produjo agrazones.

.....

¿Qué más podía hacer con mi viña,  
que yo no lo hiciera?  
¿Por qué, si esperaba que me diera uvas,  
me ha dado agrazones?” (Is 5, 1-4).

He ahí el amor tan grande de Dios a su pueblo y el lamento conmovedor de su amor no correspondido. Hoy la viña y la esposa de Dios es el nuevo Israel, la Iglesia (la cristiandad), la cual no puede caer en las mismas deslealtades de la antigua esposa, a la que, por cierto, Dios sigue amando “en atención a la elección que hizo de sus antepasados, pues los dones divinos son irreversibles” (Rom 11, 28-29).

Jesucristo ama a la Iglesia con un amor similar al que el Padre tiene por él (Jn 12, 19). La amó tanto (nos amó tanto), que se ofreció a sí mismo por ella en la cruz “para santificarla por medio del agua del bautismo y de la Palabra, para prepararse una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa parecida, sino santa y perfecta”. (Ef 5, 25-27).

La Iglesia no puede (no podemos) prostituirse con otros dioses, como pueden ser el dinero, el poder, la vanidad.



### III LA JUSTICIA

1. La justicia es un tema vertebrador de la Biblia. Abraham representa el comienzo de la historia bíblica. Dios lo elige y le promete que en él “serán bendecidos todos los pueblos de la tierra” (Gn 12, 3). Pero esta bendición exige que la comunidad humana “practique la justicia y el derecho”, pues en esto consiste la observación de la ley de Yavé (Gn 18, 18-19).

Por justicia hay que entender lo que la palabra indica: justicia interhumana. La única justicia verdadera, la llamada justicia legal se convierte con frecuencia en la legalización de la injusticia, y la injusticia conmutativa es la institucionalidad de la injusticia ejercida por el más fuerte y por los grupos de presión. Podríamos entender por justicia, la justicia distributiva siempre que se repartieran entre todos los ciudadanos, de manera equitativa, los cargos y las cargas, los beneficios y las pérdidas, lo bueno y lo malo que toda sociedad lleva consigo. La justicia distributiva no admite la existencia de clases privilegiadas, establece la máxima igualdad posible entre todos.

El binomio crucial, que recorre todas las páginas del Antiguo Testamento y que llega a su culminación en el Nuevo, es el centro de gravitación en que descansa la obra salvadora de Dios: justicia y derecho. Y el derecho como garantizador de la justicia. Dios elige a Israel, entre todos los pueblos de la tierra, para hacer de él un pueblo piloto que practica la justicia y el derecho. Era un pueblo de esclavos, un pueblo oprimido por la tiranía de los Faraones egipcios. Dios lo libera de estas

esclavitudes y opresiones para hacer justicia y hacer de él un pueblo independiente y libre.

Israel no debe olvidar nunca que durante luengos años fue víctima de la injusticia; que sus derechos individuales y colectivos fueron brutalmente conculcados; que fue un pueblo explotado, un pueblo de esclavos que ni siquiera tenía voz. Esta lección, aprendida y repetida de generación en generación, tiene que enseñarles que ellos no pueden caer en semejante brutalidad. Ellos tienen que encarnar corporativamente la justicia, se han de convertir en el pueblo de la justicia. He aquí el mandato siguiente de Dios: “Sigue estrictamente la justicia” (Dt 16, 20).

2. El Dios de la Biblia es el Dios de la justicia. Los autores bíblicos son un recordatorio constante de que Yavé es un Dios de justicia, aunque fue un recordatorio inútil que se perdió en oídos sordos. A Yavé se le llama “El Señor de la justicia” (Tob 13, 7), “la sede de la justicia” (Jer 11, 20), “justicia y derecho son la base de su trono”(Sal 97, 2), “el que hace justicia a los oprimidos”(Sal 146, 7), “es justo y ama la justicia”(Sal 11, 7), “Éste será el nombre con que le llamaréis: “Yavé-justicia nuestra” (Jer 23, 6).

El salmo 119 es un canto elogioso a la ley y a los preceptos siempre justos de Dios, es un amplio estudio pormenorizado de lo que constituye el cumplimiento de los mandamientos de Dios. Todo queda resumido y esclarecido en el versículo 121: todo consiste en cumplir el derecho y la justicia. Si Dios es la justicia, la conversión del hombre no puede ser otra cosa que la conversión a la justicia:

“Conviértete a Dios, observa el amor y la justicia” (Os 12, 7); “convertíos, pecadores y practicad la justicia” (Tob 13, 8). Si la conversión no es en esto, es una conversión falsa, pura hipocresía de una espiritualidad quietista y cómoda, pues los que buscan de verdad a Dios son los que van tras la justicia (Is 51, 1).

3. La violación de la justicia fue un hecho doloroso en Israel. El panorama que nos presentan los profetas es desolador: violación de los derechos humanos, la injusticia campa por sus respetos.

Para el profeta Amós, Israel, lejos de ser un dechado de justicia, como era su obligación, se ha convertido en opresor de los débiles, explotador de los pobres, avasallador de los derechos humanos, “venden al justo por dinero y al pobre por un par de sandalias” (2, 6-7). Oseas denuncia el desamor y el desconocimiento de Dios, la falta de justicia, cosas que él mismo sufre en la tragedia de su vida personal: “No hay fidelidad ni amor, ni conocimiento de Dios, sino sólo perjurio y engaño, saqueo y robo, adulterio y violencia, sangre y más sangre” (4, 1-2). Del profeta Isaías son estas palabras: “Esperaba de ellos derecho y resulta que hay asesinatos, esperaba justicia y no hay más que gritos de terror” (5, 7). Jeremías denuncia la corrupción universal: “Recorred las calles de Jerusalén, mirad e informaos, buscad por sus plazas a ver si encontraréis a un hombre, uno sólo que practique la justicia” (5, 1); “¡Ay del que edifica su casa con no-justicia y sus pisos con no-derecho: que hace trabajar a su prójimo de balde sin pagarle su salario ¡”(22, 13). El profeta Miqueas habla con esta dureza: “Escuchad, jefes de Jacob, magnates de Israel, que abandonáis la justicia y torcéis el derecho, se construye con

sangre a Sión y a Jerusalén con injusticia” ( 3, 8-10). “Se te ha hecho saber lo que es bueno, lo que el Señor pide de ti, no otra cosa que cumplir la justicia, amar la caridad y caminar humildemente con tu Dios” (6, 8). El profeta Habacuc es así de tajante: “Ante mí no hay más que rapiña y violencia, disputas que surgen, discordias que se enzarzan. Así se enroñece la ley y está en desuso el derecho “ (1, 3-4).

El producto más hiriente de la injusticia fue la desnivelación económica, la aparición de clases ricas y pobres, en clara contradicción con los planes de Dios que se dio en Israel de la manera más escandalosa: “Ay de aquellos que añaden casas a casas y juntan campos a campos hasta no dejar sitio a nadie y quedar como únicos propietarios del país” (Is 5, 8). “Se devora a la derecha y aún se tiene hambre, se come a la izquierda y no se hartan, cada cual devora la carne de su prójimo” (Is 9, 19). La acumulación de la riqueza en manos privadas es siempre fruto de la injusticia. La corrupción está generalizada en los poderosos: “Sus jueces juzgan por soborno, sus sacerdotes enseñan por salario, sus profetas profetizan por dinero” (Miq 3, 11).

4. Los corruptos tienen conciencia de ser pecadores y para acallar sus remordimientos deciden ofrecer al Señor sacrificios, infinidad de sacrificios. Surge con fuerza la liturgia sacrificial, ir al templo y llevar ofrendas, muchas ofrendas, hacerlo diariamente. Ante esta actitud los profetas atacan a un culto envuelto en injusticia. El culto y la injusticia son dos cosas incompatibles. Sin justicia no puede haber culto a Dios, “y, si lo hay, es un culto a un ídolo que nos hemos fabricado”, no es un culto al Dios de la Biblia, cuyo nombre es la justicia misma. Dios no acepta ofrendas tales. Esto es lo que dice:



“Cuando me ofrecéis holocaustos y oblacones, yo no las acepto, no me digno mirar vuestros sacrificios... Pero que el derecho fluya como agua, y la justicia como río inagotable” (Am 5, 22-24). “Yo quiero amor, no sacrificios, conocimiento de Dios y no holocaustos” (Os 6,6). “¿De qué me sirven todos vuestros sacrificios? Estoy harto de holocaustos de carneros y de grasas de becerros...Dejad de traerme ofrendas vanas: es una humareda que me causa horror...Cuando hagáis muchas oraciones, no las escucho... aprended a hacer el bien, perseguid la justicia, proteged al oprimido, haced justicia al huérfano...”(Is 1, 11-18). “Yo no dije ni prescribí nada a vuestros padres el día en que los saqué de Egipto, sobre sacrificios y holocaustos” (Jer 7, 22).

Los sacerdotes y los practicantes de los preceptos religiosos, corremos el peligro de celebrar muchos actos de culto, de abusar de la liturgia, haciendo de ella costumbre rutinaria. La Santa Misa hay que celebrarla, porque el mismo Jesucristo nos lo indicó; porque en ella recordamos y vivimos su sacrificio – su cuerpo entregado y su sangre derramada – para el perdón de nuestros pecados...Lo hacemos no porque hay que cumplir con el precepto de la Santa Madre Iglesia, sino por devoción, por agradecimiento al Señor, y por nuestra santificación y para identificarnos con Jesucristo. En ella recobramos fuerzas para comprometernos más y más con el triunfo de la justicia y del amor al prójimo.

He aquí también una sentencia de los sabios de Israel: “Practicad la justicia y el derecho al Señor más que los sacrificios” (Prov 21, 3).

La celebración de la Eucaristía, la acción más grande y más sagrada que podemos y debemos realizar, no puede ser

profanada por celebrantes que violan los derechos del hombre.

5. Los profetas y los salmistas nos hablan de un príncipe, de un rey, heredero del trono de David, que establecerá en la tierra el reinado de la justicia. “Un niño nos ha nacido, un hijo se nos ha dado...Dilatado es el imperio para el trono de David y para su reino, que él asienta y afirma en el derecho y la justicia” (Is 9, 5-6). “Ejercerá justicia y derecho en la tierra...Éste es el nombre con que le llamarán: “El Señor-nuestra justicia” (Jer 33, 15-16). Este príncipe, que no es otro que el Mesías-Cristo, “pondrá el derecho por regla y la justicia por nivel” (Is 16, 5).

La palabra justicia comprende todo el conjunto de bienes a los que el hombre tiene derecho, darle lo que le pertenece y lo que le haga falta, pan a los hambrientos, libertad a los oprimidos, cultura a los ignorantes, consuelo a los afligidos, trabajo a los parados. La caridad es la justicia llevada a sus más altas cumbres, no está para suplirla, sino para perfeccionarla.

Jesucristo dijo esto: “Buscad primero el reino de Dios y su justicia” (Mt 6, 33).

6. Los seguidores de Jesucristo debemos distinguirnos por la práctica de la justicia. “Si vuestra justicia no supera a la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de Dios” (Mt 20). “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia” (Mt 5, 6). Los que trabajan con ahínco para que la justicia triunfe en el mundo, los que no toleran las injusticias, las denuncian con fortaleza y con valentía y tratan

personalmente de eliminarlas, aunque sea a costa de complicarse la vida.

Jesucristo ha implantado en la tierra el reino de la justicia. Pero el que la justicia sea una realidad depende del hombre que cuenta siempre con la ayuda de lo alto para tan noble postulado evangélico. San Pablo dice que el evangelio es la salvación, la liberación de todas las esclavitudes que tienen aherrojado al hombre. Y lo es porque en él “se revela la justicia de Dios, una justicia que se obtiene por la fe” (Rom 1, 16-17). Por tanto, la justicia surge de la fe, de tal modo que el hombre de fe es un hombre justo comprometido con la justicia. Sin este compromiso la fe es una fuente seca de la que no mana ni una gota de justicia.

Nos estamos refiriendo siempre a la justicia social, la que con tanto vigor proclamaron los profetas. No podemos admitir que tanto en los textos evangélicos, como en los paulinos, la palabra justicia se interprete casi siempre como “santidad”, es decir, como algo que se realiza en el interior del alma, inconstatable e invisible, que se pierde en la esfera de lo puramente espiritual. Es evidente que la doctrina evangélica – los hechos y los dichos de Jesucristo- tienen un sorprendente impacto social; una doctrina que tiene como finalidad un cambio en las injustas estructuras sociales, de poderosos y de oprimidos, de ricos y de pobres. Jesucristo fue un revolucionario social en el sentido más noble de la palabra.

El evangelio puesto en práctica conlleva un estado socio-político en el que todos los seres humanos puedan ejercer por igual los derechos humanos. Jesucristo se pronunció explícitamente contra el funcionamiento de las instituciones sagradas judías: sobre el templo, que es casa de oración y no

un mercado (Jn 2, 16) o una cueva de ladrones (Mt 21, 13), contra la rigidez del sábado que esclavizaba al hombre, siendo así que “el sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado” (Mc 2, 27).

Se pronunció también sobre el poder civil ejercido con frecuencia por tiranos opresores del pueblo (Mt 20, 25). Tal vez, por esto último acusaban a Jesús de subversivo de los poderes constituidos. Lo cierto es que el evangelio de Jesús demanda cambios substanciales en lo religioso, en lo social y en lo político. Por esto y por hacerse como Dios al perdonar los pecados y al proclamarse señor del sábado, cosas que pertenecen únicamente a Dios, fue condenado a muerte.

7. Digamos, por fin, que la justicia produce la paz, la paz mesiánica, el conjunto de todos los bienes. La práctica generalizada de la justicia acabaría con todas las guerras, a nivel internacional, nacional y personal. Sin esta justicia no es posible que haya paz. En la Biblia hay bastantes textos que relacionan la paz y la justicia. He aquí sólo una muestra: “La paz brotará de la justicia” (Is 32, 17); “la justicia y la paz se abrazan” (Sal 85, 11); “el reino de Dios es justicia y paz” (Rom 14, 17); “el fruto de la justicia se siembra en la paz” (Sant 3, 18).

Por eso Jesucristo, al fin de su vida, nos dejó la paz, su paz. La paz tan deseada por el antiguo Israel que concluía las 18 bendiciones que todo israelita debía recitar tres veces al día, con esta última: “Establece tu paz sobre Israel, tu pueblo y sobre tu ciudad, y sobre tu herencia, y bendícenos a todos como a uno solo. Bendito seas Yavé que haces la paz”. Y por eso también el nuevo Israel, que es la Iglesia, al celebrar la Santa Misa, la acción más grande y más sublime que podemos

realizar, nos damos la paz y, al final de la misma, el sacerdote nos despide con la paz, que vivamos en paz y que seamos transmisores de paz, que seamos constructores de la paz y que nos reafirmemos con nuestro compromiso con el reinado de la paz en el mundo.



## IV LA POBREZA

1. Los pobres son una de las claves más importantes en la lectura de la Biblia. Siempre ha habido pobres en el mundo y siempre habrá que estar con ellos, si queremos estar con Dios. Nunca ha habido en el mundo tanta riqueza, acumulada en manos de una minoría que no se harta nunca de dinero, y, al mismo tiempo, tanta pobreza generalizada en una masa ingente de personas que luchan por sobrevivir y que termina muriendo de hambre. El amor al dinero está en la raíz de todos los males, de todas las injusticias y de todas las guerras. Se trata de un problema que la Iglesia, es decir, todos los cristianos, debemos tener siempre en cuenta.

Nos obliga a ello el evangelio, en el que los pobres ocupan el lugar preferido, en su calidad de representantes cualificados de Jesucristo, también pobre. Y porque con los valores evangélicos, vividos, practicados y proclamados por la Iglesia, es posible acabar con esta situación despiadada en la que el 15% de la población humana disfruta del 85% de los bienes terrenos y el otro 85% está condenada a vivir con el 15% restante.

La Biblia, la Palabra de Dios, nuestro Padre común, se manifiesta, una y mil veces, a favor de los desfavorecidos.

Habrà que tener siempre presente que la tierra y todo lo que contiene es de Dios que nos lo ha dado para que lo disfrutemos todos por igual.

2. En el Pentateuco, los cinco primeros libros de la Biblia, encontramos substancialmente el ordenamiento jurídico de Israel, el pueblo elegido por Dios, en el que los bienes deberían ser repartidos entre todos de manera equitativa, con el fin de que no hubiera pobres, pues tal es el querer divino: “No habrá entre vosotros ningún pobre” (Dt 15, 4).

Entre los pobres, el huérfano, la viuda y el emigrante eran el símbolo de la mayor pobreza. El huérfano y la viuda (que no tuviera hijos mayores que la atendieran y la tutelaran) constituían una clase indefensa, desamparada, pues no había una institución pública que los acogiera. Sin embargo Israel se preocupaba de sus derechos sociales. Y así nos encontramos con esta ley que salvaguarda y garantiza moralmente los derechos mínimos de estos ciudadanos: “No viones el derecho del emigrante, ni el del huérfano y de la viuda. El que lo viole será maldito” (Dt 24, 17 y Dt 27, 19).

He aquí estas dos leyes sobre el emigrante: “No explotarás ni oprimirás al emigrante, pues también vosotros fuisteis emigrantes en Egipto” (Ex 22, 20). “Si un emigrante se establece en vuestras tierras...será para vosotros como un compatriota más y lo amarás como a ti mismo” (Lev 19, 33-34). El hombre es ciudadano del mundo. No necesariamente tiene que estar siempre en su país. Tiene perfecto derecho a circular con libertad por la bola de la tierra y a fijar su residencia donde mejor pueda subvenir a sus necesidades. Debe ser acogido como un hermano, pues es hermano, al que hay que integrar con igualdad de derechos y deberes.

Los pobres, los huérfanos y las viudas se veían obligados, con frecuencia, a vivir de la limosna y de la caridad pública. Además de sufrir la pobreza, sufrían la humillación de tener



que mendigar. Cuando se ve a un pobre, no hay que mirar para otro lado, hay que mirar su rostro, en el que se refleja el rostro de Dios. Hay que dar limosna al indigente y darle la consideración que se merece: “Si poniendo mala cara a tu hermano necesitado, no le das nada, podría apelar al Señor contra ti y te harías reo de pecado. Debes darle y darle con alegría” (Dt 15, 9-10). Con lo que se le da, hay que darle también el corazón, hacerlo con agradecimiento por habernos dado la ocasión de realizar una obra que tanto contará para nuestra salvación en el día del juicio (Mt 25, 34-46). Siempre habrá pobres, pero Dios quiere que no los haya. En nuestras manos está el que se cumpla ese querer divino.

3. Los profetas son la conciencia crítica de la sociedad. Predican la eliminación de las desigualdades sociales y económicas. Están siempre al lado de los pobres, de los marginados, de los excluidos. Denuncian la diferencia escandalosa y sonrojante entre ricos y pobres, los abusos de las clases dominantes, la opresión de los débiles, la rapacidad de los poderosos, la inmoralidad de los comerciantes, el lujo y el consumismo. Son innumerables los textos que confirman esta realidad. Oponen el pecado al pobre, al que identifican con el hombre justo y humilde. Nos debemos hacer esta pregunta: ¿Es que el pobre, sumergido en la indigencia extrema, tal y como desgraciadamente se da hoy en cientos de millones, puede pecar? Y si pecara, no quedaría ipso facto expiado su pecado con la triste y dolorosa situación en que se encuentra, con las múltiples carencias que le tienen machacado y prácticamente convertido en la nada?

4. Los sabios de Israel elaboraron una literatura humanista, extraída de la experiencia y del sentido común,

confrontada con la revelación y con la Ley (la Torá), que está presentada en estos cinco libros: Proverbios, Job, Eclesiastés (Qohelet), Eclesiástico (Sirácida) y Sabiduría. Se manifiestan a favor de los pobres y en contra de los ricos. He aquí únicamente este relevante racimo de textos sacados de estos libros.

El rico comete una injusticia y encima presume de ello y el pobre sufre una injusticia y encima debe excusarse. Cuando el rico tropieza, hay muchos para levantarle y le dan la razón; cuando el pobre tropieza, se le llena de insultos. Si hay ricos, es porque hay pobres. Los amantes del dinero son inmisericordes. Confiar en las riquezas es una insensatez. La riqueza diferenciante suele ser “mal adquirida”.

El pobre es el representante de Dios, de tal manera que el que le ultraje, está ultrajando a Dios. No dar limosna al pobre es quitarle lo que es suyo, pues lo que le sobra al rico es del pobre. El dinero es una trampa para cuantos se entregan a él, todos los insensatos caen en ella. ¿Para qué acaparar riquezas, si, al final, todo hay que dejarlo aquí? El hombre nace desnudo del seno de su madre y se irá como vino. Nada se puede llevar. Entonces ¿qué ventaja tiene el rico sobre el pobre? Ninguna. Lo que, al final tiene es una desventaja al presentarse ante Dios.

5. En esto, como en todo, la última palabra la tiene Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, nuestro modelo insustituible. Para hablar de la pobreza de manera creíble, lo primero es vivirla y luego predicar sobre ella. Jesucristo primero hizo y luego enseñó (He 1, 1).

Aprendió y ejerció el oficio de su padre San José, como en general, hacían todos los hijos de Israel, aunque, al mismo tiempo, hicieran estudios superiores. Se ganó la vida con su trabajo, probablemente de albañilería, en la construcción de la ciudad de Séforis. Perteneció, pues, a una familia de humilde condición social.

Cuando comienza su vida pública expone en la sinagoga de Nazaret el programa de su quehacer mesiánico. Dice que ha venido a encarnar y realizar en su persona lo anunciado por Isaías sobre el siervo doliente de Yavé: Ha sido enviado por su Padre para anunciar la Buena Noticia (el evangelio) a los pobres y la libertad a los presos, a liberar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor (Lc 4, 18-21). Sus primeras palabras fueron para los pobres. Vivió en la pobreza durante sus tres años de vida pública. No tenía casa propia. Su casa era la de Pedro en Cafarnaúm, en cuyo entorno ejerció la gran parte de su evangelización, a los alrededores del lago de Tiberiades.

Estuvo siempre rodeado de la gente sencilla. De él y de sus discípulos cuidaban con sus bienes unos discípulos, entre los que estaba María Magdalena.

Los pobres fueron sus amigos, sus preferidos. Cuando proclama las bienaventuranzas, la primera es para ellos: “Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos”. No dice que, para que así sea, los pobres tienen que ser buenos, religiosos, practicantes. Son pobres y basta, es decir, por el mero hecho de ser pobres, ya son ciudadanos del reino de Dios. Lo de “pobres de espíritu” que añade el evangelio de Mateo, es una añadidura que el evangelista hace a la bienaventuranza de San Lucas que es la original. En todo

caso “pobre de espíritu” significa “pobre de voluntad”, es decir, bienaventurado el que, siendo rico, se hace voluntariamente pobre. La igualdad que pide el evangelio y que pretende San Pablo con la gran colecta que llevó a cabo en las comunidades ricas para llevarla a las comunidades pobres, pertenece a la esencia de la doctrina cristiana. Los pobres tienen que dejar de ser pobres, pero para que así sea, los ricos deben de dejar de ser ricos. Sin comunicación de bienes, no hay cristianismo. El modelo, como ya hemos dicho, lo encontramos en la primitiva comunidad de Jerusalén, en la que todo era común. El Concilio Vaticano II nos dijo, entre tantas, estas dos cosas:

1ª) Que había que volver a las fuentes, a los orígenes. Los evangelios son como un espejo en el que se refleja la figura de la Iglesia que Cristo, su fundador, dejó en ellos grabada. Por eso la Iglesia tiene (tenemos) que mirarse en ella cada día para constatar si su actual figura se ajusta al original. Eliminar lo que está haciendo mal y poner en práctica el bien que no esté haciendo. El Concilio Vaticano II dice que “el evangelio es fuente de toda verdad salvadora y de toda norma de conducta”( DV 7). Por esta razón, el código fundamental por la que la Iglesia debe ser gobernada es el Evangelio, el cual bien podemos decir que es Cristo, el camino, la verdad y la vida, es decir, el camino verdadero que conduce a la vida. El evangelio es el libro de texto que los cristianos debemos estudiar, asimilar y practicar todos los días de nuestra vida. Desconocer el evangelio es desconocer a Cristo.

2ª) Que la Iglesia debe estar atenta a los signos de los tiempos, conectar con las realidades que condicionan la vida de todos los seres humanos, para que su evangelización no se

pierda más allá de las nubes, pues da la impresión que no pocas predicaciones se están refiriendo a otro mundo bien distinto al que nos toca vivir, en lugar de dar la respuesta evangélica concreta a las situaciones reales en las que estamos. Y así nos encontramos con que las palabras del predicador vienen a ser, como decía San Pablo, “una campana que toca o unos platillos que resuenan”, que sólo sirven para hacer ruido.

Jesucristo conectaba personalmente con el pueblo, con sus sentimientos y con sus necesidades, con sus deseos y con sus carencias y obraba en consecuencia. Por eso era tan querido por las gentes. Le seguían las multitudes que le aclamaban, le vitoreaban, y le suplicaban. Sólo tuvo enemigos entre los poderosos, los Sumos Sacerdotes, el Sanedrín, los escribas y los fariseos. Los fariseos eran la encarnación del hombre religioso escrupulosamente practicante, pero no tenían amor. San Juan de la Cruz dice que “el que no ama a su prójimo, a Dios aborrece” (A 176).

Un signo de todos los tiempos es que siempre habrá pobres en la tierra. Luis Vives escribe en el siglo XV: “a cualquier parte que mires verás pobreza”. Así lo dijo Cristo al final de su vida, “siempre tendréis pobres con vosotros”, pero nos lo dijo, no para que nos resignemos a tenerlos, sino para que nos comprometamos a luchar para que no los haya y también para que, en adelante, nuestras relaciones con Él las hagamos a través de ellos.

6. Este signo de los tiempos ha adquirido en el presente unas enormes dimensiones. La desigualdad entre ricos y pobres tiene hoy unas proporciones, ante las cuales, la Iglesia institucional no se puede limitar a denunciar tanta injusticia,

como efectivamente hace. Debe pasar de las palabras a los hechos. Y estos hechos serían por ejemplo estos tres:

1) La Iglesia la fundó un pobre y por eso la Iglesia, para ser creíble, debe ser también pobre. Yo creo que lo es, pero no lo parece. No pocas veces da la impresión de ser rica, de estar con los ricos y de hacer gastos superfluos en algo que no tiene nada o tiene muy poco, de evangelización.

2) En la Iglesia hay tesoros que no tienen nada de arte, que son simplemente tesoros. ¿Qué pintan donde están? ¿Por qué no los empleamos en remediar un tanto la pobreza? Esto, a las “pias aures” puede sonar a demagogia. En todo caso creo que es una demagogia evangélica pues ya la proclamaron con todo vigor los Santos Padres: “La Iglesia posee oro, no para tenerlo guardado, sino para distribuirlo y socorrer a los necesitados” (San Ambrosio). “¿De qué serviría adornar la mesa de Cristo con vasos de oro, si el mismo Jesucristo muere de hambre” (San Jerónimo). En todas las familias se atiende de manera especial al que más lo necesita. Hagámoslo también en la gran familia humana.

3) A grandes males, grandes remedios. ¿No convendría que la Iglesia institucional recuperase el antiguo precepto del diezmo, el 10% de los ingresos de sus miembros, en este caso para socorrer a los pobres, “desechados del mundo y elegidos de Dios”? Pero no de manera lineal, pues eso no sería justo. Los de rentas altas tendrían que superar proporcionalmente ese 10%. Y entre los de ingresos bajos, habría quien no pudiera contribuir y quien no podría llegar a esa cifra. Se trataría, además, de proponerlo como una obligación moral evangélica a los ingresos de sólo un mes. Este gesto sería el mejor sermón de cuantos vocacionalmente nos dedicamos a

predicar y a enseñar la doctrina cristiana. Se dirá, tal vez, que esto es una utopía. Lo es, en efecto, pero una utopía realizable. ¿Y qué es el evangelio, sino una utopía, la más hermosa de todas? Si al evangelio le quitamos la utopía, le hemos quitado el alma, lo hemos convertido en un papel sin vida. En definitiva, esta donación se la haríamos a Jesucristo, que se identificó, como hemos repetido, con los pobres.







